

las ciudades. El primer Omniada, aquel noble y generoso Abderrahman, que creaba una magistratura protectora de los cristianos, que erigía y dotaba escuelas y enseñaba á sus hijos á disputar en las academias literarias los premios del saber, que desahogaba su corazón en tiernas baladas y confiaba la ternura de sus sentimientos á las palmeras de sus jardines, tenía la cruel complacencia de hacer cortar la cabeza, piés y manos al cadáver de Alí Ben Mogheitz y de enviar á Cairwan sus mutilados miembros para exponerlos clavados en un madero en la plaza pública con un rótulo ignominioso. Apenas se concibe que el bondadoso, el humanitario Hixem, el que abrazaba llorando al hermano que acababa de disputarle el trono, el que daba á su hijo consejos y preceptos que honraban al mejor de los príncipes, recibiera como delectosa ofrenda las cabezas de los vencidos caudillos que le remitía el wali Otman. Que aquellos mismos hombres que no podían resistir á las tiernas caricias de una esclava, y á los halagos de una *Redhya* ó de una *Zahira*, fueran los que ordenaban y presenciaban impasibles el acuchillamiento de un pueblo, los que degollaban en una sola noche á cuatrocientos nobles convidados á un banquete y saboreaban al día siguiente el bárbaro placer de enseñar al pueblo sus cabezas destilando sangre, los que guarnecían las márgenes del Guadalquivir con una hilera de trescientos jeques empalados.

Si como españoles y como cristianos consultáramos solo el interés de nuestra patria y de nuestra religión, parece que debiéramos celebrar estos horribles holocaustos, puesto que sacrificadores y víctimas todos eran musulmanes, y todo redundaba en descrédito de sus creencias y en enflaquecimiento de su poder. Pero hay en el hombre un sentimiento que no puede ahogar el interés de la patria, y que le hace mirar con lástima y horror tan trágicas escenas. Este sentimiento es el de la humanidad. Que á lo menos nos sirva la memoria de tales sacrificios para compadecer á aquellos pueblos que como el mahometano están sujetos á los caprichos de un solo hombre, que resumiendo en sí todos los poderes y todas las soberanías, dispone á su antojo de las vidas de sus súbditos, sin que haya tribunal en lo humano que le impida reposar tranquilo sobre los mutilados troncos de sus víctimas: que tal era la índole y la organización del gobierno establecido por Mahoma.

¿Cómo se explica esta mezcla de ferocidad y de ternura, de generosidad y de fiereza de nuestros dominadores? El árabe, impetuoso y ardiente como su corcel, violento en sus pasiones y en sus arranques, es generoso, galante y agradecido, pero vehementemente en sus odios, ciego en sus iras é implacable en sus venganzas. La venganza es para él un artículo de religión, se trasmite como una herencia, y se hace inextinguible. Además de ser por lo común en todas partes y en todos tiempos las guerras civiles más crueles y sangrientas que las que se sostienen contra pueblos extraños, éranlo mucho más entre los musulmanes de España, en que los odios y rivalidades de tribu, de raza y de familia comenzaron á mostrarse profundos y rencorosos desde Muza y Tarik, para proseguir sañosos entre árabes y africanos, entre Abassidas y Omeyas, entre Fehries y Moawiahs, como después habían de continuar entre Almoravides y Almohades, para perpetuarse por siglos hasta su mutua y común destrucción. Pudo contribuir á tan ruda ferocidad la necesidad en que se veían de reprimir con el escarmiento y el terror la tendencia de los walis y gobernadores y de los caudillos de las tribus á la insubordinación, á la rebeldía y á la independencia, acompañadas las más veces de la traición y la perfidia. Es lo cierto que hasta el fanatismo religioso aparecía ante el odio de razas, y que Yussuf, Ibnalarabi, Balhul y demás caudillos rebeldes, no escrupulizaban de invocar la ayuda de los príncipes cristianos, ni de acaudillar bandadas y capitanear huestes de enemigos de su fe, á trueque de vengarse de sus propios emires, y estos por su parte tampoco dificultaban de hacer treguas y pactos con los monarcas católicos, reservando toda su ardiente ojeriza, toda la fogosidad de sus odiosos ímpetus para los discólos musulimes, y unos y otros trataban con más saña á los enemigos de su estirpe ó de su tribu que á los enemigos de Mahoma y del Koran. Esta había de ser una de las causas más poderosas de su perdición.

¡Ojalá los cristianos hubieran sabido explotar más en su provecho estos elementos de disolución y de ruina!

III. Como del gobierno, de las leyes y de las costumbres de los conquistadores siempre se trasmite algo á los pueblos conquistados, cuando es larga y detenida su mansión en ellos, natural consecuencia de las relaciones sociales que entre los dos pueblos, por antipáticos que sean, se engendran siempre, y que vienen á reflejar y aun á formar parte de su fisonomía, de sus hábitos, de su vocabulario, y hasta de sus instituciones, no nos es posible desentendernos de hacer algunas observaciones sobre la índole y forma del gobierno y administración de los árabes en España.

Mientras la España musulímica estuvo sujeta á los califas de Damasco y á los walis supremos de Africa, su gobierno no podía ser sino un reflejo del de Oriente, y participar de su misma organización y estructura. La necesidad obligó, no obstante, á los árabes españoles en más de una ocasión á apartarse de las formas legales y á proveerse á sí mismos de emir ó jefe que los gobernara, sin orden del califa y aun sin su consejo. Así aconteció con los nombramientos de Ayub y de Yussuf el Fehri, hechos en una asamblea de jeques, ó sea de los principales y más ancianos personajes de cada tribu; y á una asamblea de este género se debió la elección de Abderrahman ben Moawiah, y la revolución que produjo el establecimiento del imperio musulímico español independiente del de Damasco, con trono, gobierno y dinastía propia. Que así en los extremos casos proveen todos los pueblos á su conservación, y los más avezados al despotismo practican como impulsados por una inspiración secreta é instintiva el ejercicio de una soberanía que teóricamente no conocen.

Desde entonces comenzaron á introducirse en el imperio y corte de Córdoba empleos y cargos que no se habían conocido en el Oriente. El *mezuar*, ó consejo de Estado, establecido por Abderrahman y al que consultaba en los casos arduos y negocios graves, ejerció atribuciones supremas durante las discordias civiles, y siendo como el plantel de donde se sacaban los altos funcionarios del Estado, había de irse convirtiendo en una especie de institución aristocrática. Elegíase de entre sus miembros el *hagib* ó primer ministro, al modo del gran visir de Oriente, cuyas facultades se extendían á todos los ramos de la administración. Seguían los *catibes* ó secretarios. Un magistrado, que los romanos habrían nombrado censor, entendía en los delitos contra las costumbres públicas, y estaba investido de atribuciones terribles, y facultado hasta para imponer por sí la pena de muerte, dado que rara vez la decretaran é impusieran. Encomendada estaba la administración de la justicia á los *cadíes*, á quienes presidía el *cadí de los cadíes* ó juez supremo, que residía en la capital; este era el que fallaba las causas en apelación, y su autoridad era tan respetada, que el mismo califa ó emir tenía que comparecer ante él cuando era citado. Tenían bajo de sí los cadíes un funcionario subalterno llamado *alwacil* ó alguacil, encargado de prender los delincuentes y de ejecutar las sentencias criminales.

Tan sencilla como era la administración de justicia, lo era también la económica. Además de la capitación impuesta á los cristianos, cuya cuota solía variar según las circunstancias y según la condición y carácter de arbitrarios gobernadores, había dos clases de rentas del Estado, el *azaque* y los derechos de aduana. El *azaque* consistía en la décima de los frutos de la agricultura, ganadería, minería y comercio. Destinábanse estas rentas al mantenimiento del califa y de sus funcionarios, á los gastos de guerra, á la construcción y reparación de obras públicas, á la dotación de escuelas y maestros, y al rescate de cautivos y alivio y socorro de los musulimes desvalidos ó pobres. Los productos de aduanas se cree consistían también en la décima de las mercancías importadas y exportadas. Percibíanse por un administrador, almojarique, nombre y empleo que se conservó durante algunos siglos entre los cristianos, como se conservó en la corona de Aragón y otros puntos el de *almotacen*, ó fiel medidor, que entendía en todo lo relativo á pesos y medidas, calidad de los comestibles y policía urbana. Aplicábanse al fisco los bienes de los que morían sin herederos. Siendo tan sencillo el plan de los impues-

tos, no podía menos de ser igualmente sencilla y fácil la administración. El valor de las rentas subió al paso que se fué fomentando la agricultura y el comercio, y desde Abderrahman I hasta Abderrahman III hubo un aumento desde trescientos mil dinares hasta cinco millones cuatrocientos ochocientos mil. Conócese la importancia que los árabes daban á la estadística, pues desde los primeros gobernadores ó walis, desde Alzama hasta que se declaró el reino independiente, hicieron ya varios censos y empadronamientos generales de España para la más conveniente distribución de los impuestos. El recaudador general residía en la corte, y tenía sus subalternos en las provincias.

Estas fueron cinco, según la división hecha por Yussuf el Fehri, á saber: Andalucía, Toledo, Mérida, Zaragoza y Narbona. Al frente de cada una de ellas había un *walí* ó gobernador. Abderrahman hizo una nueva división territorial, quedando repartida en seis provincias, á saber: Toledo, Mérida, Zaragoza, Valencia, Granada y Murcia. Narbona había dejado de pertenecer á los árabes, y Córdoba era la capital del reino. Había además otros doce *vazires* ó gobernadores subalternos en doce de las más principales ciudades después de las referidas. En las demás ciudades y fortalezas tenían establecidos *alcaldes*, nombre que se ha conservado también en España aplicado á diferentes empleos. Creáronse los walis ó comandantes de frontera para aquellas comarcas que estaban más expuestas á las invasiones ó acometidas de los cristianos.

Es digno de reparo que el sistema de sucesión al trono entre los árabes fuese tan semejante al que regia entonces la sociedad cristiana. Mixto de electivo y hereditario, el califa designaba de entre sus hijos el que prefería para que le sucediese en el imperio, y atendiendo más, ó á las cualidades personales del hijo, ó al cariño y predilección del padre que al orden de progenitura, á veces le asociaba á sí y compartía con él la gobernación del Estado, á veces solo cuando se sentía próximo á la muerte manifestaba su voluntad de que fuese reconocido *ahadi* ó futuro sucesor del reino. Convocaba para esto á los altos funcionarios del Estado, cadíes, walis y vazires, y á los principales jeques de las tribus, y ante aquella asamblea de los más ilustres personajes musulimes nombraba al que tenía designado por futuro emir y pedía su reconocimiento. Otorgábansele ordinariamente sin réplica ni oposición los próceres musulmanes, y todos por su orden iban besando la mano al príncipe electo en señal de obediencia y fidelidad. A la muerte del califa se aclamaba solemnemente al príncipe jurado, se rezaba por él la *chothba* ú oración pública en todas las *aljamias* ó mezquitas del imperio, y esta ceremonia se repetía al fallecimiento de cada emir. Apenas esta libertad de preferencia de los padres dejó de producir en cada sucesión quejas, pretensiones, rebeliones y guerras de parte de los hijos ó deudos que se creían injustamente postergados.

IV. Hemos indicado las principales leyes de la guerra prescritas en el Koran. Vistoso espectáculo debería ser el de un campamento árabe en España. Al fin de cada jornada y al acercarse la noche hacia alto la hueste, y desplegaba sus tiendas y pabellones que con los bagajes llevaban siempre consigo al uso de Oriente, conducidos en ligeros carros y acémilas, y en camellos, especie introducida por los árabes en nuestra Península, como antes los cartagineses habían importado los elefantes de Africa, que tanto estupor causaron al pronto á los españoles y tanta parte tuvieron en el éxito de algunas batallas. Largas hileras de estacas servían para tener sujetos los caballos y mulos: los camellos acurrucados en grupos entreteníanse en rumiarse: los guerreros se sentaban en derredor de las hogueras: las diversas formas y colores de los gorros y turbantes que distinguían á los berberiscos de los persas, á estos de los sirios, de los egipcios y de los árabes de todas razas, completaban la variada visualidad de aquel cuadro nocturno, que conservaron nuestros invasores por mucho tiempo en toda su originalidad y pureza, aunque los modificaron después sin perder nunca el tinte oriental, los trajes, colores y formas que diferenciaban á cada tribu, raza ó nación. Allí al fulgor de las hogueras se contaban en su animada, pintoresca y expresiva lengua, sus antiguas hazañas ó sus

azares del día, y exornándolos con la poesía natural á sus fecundas imaginaciones, y ávidos de aventuras y de cuentos, pasábanse hasta que el cansancio los rindiera, los unos relataando su historia, los otros escuchándola sin pestañar. Por la mañana plegábanse las tiendas, cargábanse los carros y los camellos, enfrenábanse los corceles, y se emprendía otra jornada. Los restos humeantes de las hogueras indicaban dónde había acampado el ejército musulman.

Hábiles para la sorpresa, y propensos á la guerra de montaña, más semejantes en esto á los españoles que á los demás pueblos que les habían precedido en la conquista, fuesen cartagineses, romanos ó godos, mil veces desde las fragosas y enmarañadas sierras de Ronda y de la Alpujarra, ó desde las asperezas del Pirineo, fatigaron los rebeldes sarracenos á los emires de Córdoba, ó tenían en jaque continuo á los cristianos con sus correrías y súbitas invasiones á que daban el nombre de *algaras*, y á que se prestaba así la ligereza de sus caballos como la agilidad y destreza de los jinetes. Pero topáronse en España con gente que no les cedía en inclinación, inteligencia y práctica de este linaje de guerra. Y por otra parte la preferencia que los árabes daban á la caballería fué en las batallas campales una de las desventajas que tuvieron para luchar con la infantería española, y una de las causas más frecuentes de sus derrotas y descalabros.

Su marina militar, tan escasa en los primeros tiempos de la conquista que Yussuf el Fehri hubo de suprimir por innecesario el cargo de almirante ó emir del mar, recibió desde el primer Abderrahman tal desarrollo y fomento, que sus fuerzas navales no solo bastaban para poner la Península al abrigo de las continuas irrupciones de los moros de Africa y de los francos de Aquitania, sino que derramándose sus naves por el Mediterráneo, las islas y las costas de España, de la Galia, y de Italia, no podían verse libres de las continuas agresiones de las flotas musulmanas, y los insulares de Córcega, de Cerdeña y de las Baleares se veían incesantemente acosados por atrevidos corsarios sarracenos, que desde los puertos de España salían á devastar sus poblaciones marítimas y las obligaban á buscar un asilo en el corazón de las montañas.

Pero artistas y poetas los árabes, al propio tiempo que guerreros y piratas, los hemos visto batallar y fundar escuelas, degollar en las lides y disputar en los certámenes literarios, manejar el alfanje y pulsar la lira, incendiar ciudades enemigas y erigir aljamias suntuosas, piratear en los mares y cultivar jardines, saquear poblaciones cristianas y construir palacios, acueductos y baños, adornar con cráneos humanos los lienzos de las murallas y cantar baladas amorosas en los artesonados salones de sus alcázares.

Expresiva y animada la lengua de los árabes, casi todos sus nombres personales significan alguna cualidad moral ó física. Los de las mujeres por lo común son tomados ó de las virtudes ó de bellos objetos del arte ó de la naturaleza, como *Redhiya*, dulce ó agradable; *Nocima*, graciosa; *Kinza*, tesoro; *Maliba*, bella; *Sobeiha*, aurora; *Zahira*, florida; *Noziha*, deliciosa; *Ommalisam*, la de los lindos collares; *Amira*, fiel; *Zaida*, dichosa; *Lobna*, blanca como la leche. De la misma manera los hombres gustaban de tomar un sobrenombre significativo, como *Al-Sherif*, el ilustre; *Al-Admed*, el deseado; *Saddilz-Allah*, el testigo de Dios; *Al-Radhi*, el benigno; *Al-Mudhaffar*, el vencedor; *Al-Mostayn-billah*, el que implora el auxilio de Dios; *Abder-el-Rahman*, servidor del misericordioso; *Obeid-Allah*, humilde servidor de Dios, etc.

No usaban los árabes el nombre de familia; distingúfanse solo, como en otra parte hemos indicado ya, por el de su padre, que añadian al suyo con la palabra *ben* ó *ebn*, de que hicieron muchas veces *aven* los europeos. Al nombre del padre solían agregar los de muchos de sus abuelos. «Entre nosotros, decía Numan, en uno de sus diálogos, no encontrarías á nadie que no pudiese nombrar sus padres hasta la vigésima generación, sin omitir un grado.» A estos nombres añadian el de la tribu. Así tenían los nombres de los árabes aquella longitud tan propia para fatigar la memoria. El emir Yussuf de quien tantas veces llevamos hecha mención, se nombraba *Yussuf ben Abderrahman ben Habib ben Abi*

Obeida ben Okba ben Nafte el Fehri. El *Fehri* era el patronímico de la tribu de *Fehri*, como el *Gafequi*, el *Yemeni*, los de las tribus de *Gafek* ó del *Yemen*, y así de los demás.

Otras cualidades y costumbres de los árabes tendremos ocasion de ir observando en el curso de la historia. Prosigamos ahora nuestra interrumpida narracion.

CAPITULO XI

Abderrahman II y Mohammed I en Córdoba: Ramiro I y Ordoño I en Oviedo

DE 822 A 866

Excelentes prendas de Abderrahman II.—Rebelion y sumision extraña de su tío Abdallah.—Condado de Barcelona: Bera: Bernhard.—Segunda derrota del ejército franco en Roncesvalles.—Curioso episodio de la vida de Abderrahman.—Célebres insurrecciones de Mérida y Toledo.—Revueltas en la Marca de Gothia.—Carlos el Calvo.—Ramiro I de Asturias, *el de la vara de la justicia*.—Supuesta batalla de Clavijo atribuida á este príncipe.—Guerras en la Marca de Gothia.—Terrible persecucion de los cristianos en Córdoba.—Martirios. Causas que movieron esta persecucion.—Muerte de Abderrahman II.—Continúa la persecucion con su hijo Mohammed. San Eulogio: Alvaro: el abad Samson.—Concilios en Córdoba. Apostasías.—Reinado de Ordoño I en Asturias.—Verdadera batalla de Clavijo.—Muza el renegado.—Rebelion famosa del bandido Hafsun.—Muerte de Ordoño I.

«Treinta y un años, tres meses y seis días, dice con su acostumbrada minuciosidad la crónica arábiga, cumplía el hijo de Alhakem el día mismo que fué enterrado su padre, é investido él de unos poderes que de hecho habia ejercido ya en el imperio. Era, añade, Abderrahman II hermoso de rostro, alto de cuerpo, esbelto de talle, color triguño y bien dispuesta barba, que se tenía con alheña. Apellidábase ya *Amudhafar* ó vencedor feliz, por el valor con que habia vencido y domado los rebeldes de las fronteras y los enemigos que habitaban los montes y sierras, gente rústica y feroz. Era, prosigue, tan intrépido y duro en la guerra como humano y benigno en la paz: llamábasele el padre de los desvalidos y de los pobres: tenia además excelente ingenio y admirable erudicion, y hacia elegantes versos. Gustábase la ostentacion y la magnificencia, y aumentó su guardia con mil africanos, gente brillante y lucida.» Falta hacia á los árabes un príncipe de tan esclarecidas prendas para consolarse de las locuras de Alhakem (822).

Mas parecia ser estrella de la familia Omniada que ninguno habia de subir al trono sin tener que luchar con algun pretendiente de la misma familia. Por tercera vez se presentó en campaña aspirando á hacer valer sus pretensiones aquel Abdallah á quien dejamos en Africa, dos veces vencido por Alhakem, «y en quien la nieve de las canas, dice la crónica, no habia apagado el fuego de su corazon.» Confiaba ahora en la ayuda de sus tres hijos, Cassim, Esfah y Obeidallah. Pero los hijos, ó menos ambiciosos ó menos confiados en sus fuerzas que el padre, lejos de prestarle ayuda y fomentar sus ilusiones, acudieron á persuadirle que se sometiera al legítimo emir, cuando este, despues de algunos combates, le tenia cercado en Valencia. La manera como se decidió Abdallah á hacer su sumision retrata al vivo lo que era un verdadero creyente, un musulman fanático de aquellos tiempos.

Tenia preparada una salida con toda su gente. Era un jueves, víspera del día festivo de los musulmanes. «Compañeros, les dijo, mañana, si Dios quiere (1), haremos nuestra oracion de jhuma, y con la bendicion de Allah partiremos el sábado, y pelearemos si fuese su divina voluntad.» El viernes, con-

(1) La fórmula *si Dios quiere* que usa todavía en España comunmente el pueblo, estaba expresamente prescrita para los mahometanos en el Koran. Dícese que tuvo el siguiente origen. Habiendo rogado algunos cristianos á Mahoma que les contase la historia de los siete durmientes, les respondió: «Mañana os la contaré,» olvidándose de añadir: «Si así lo quiere Dios.» Reprendiéronle el olvido, y de sus resultas dicen que le fué revelado por Dios este verso que se añadió al Koran: «Nunca digas: mañana yo haré tal cosa, sin añadir: *si Dios quiere*.» Los turcos siguen observando escrupulosamente esta máxima, y jamás ofrecen hacer cosa alguna, sin añadir: «Si Dios quiere,» *En seha Allah*.

gregadas sus tropas delante de la mezquita de Bad Tadmír ó puerta de Murcia, dirigióles otra breve arenga, y alzando despues los ojos y las manos al cielo: «¡Dios mio! exclamó, si tengo razon y es justa mi demanda, si mi derecho es mejor que el del nieto de mi padre, ayúdame y dame la victoria; mas si su derecho es mas fundado que el de su tío, bendícele, Señor, y no permitas las desgracias y horrores de la guerra y discordia que hay entre nosotros: apoya su poder y estado y ayúdale.»—«Así sea,» contestaron á una voz el ejército y mucha parte del pueblo que se hallaba presente. En aquel momento, añade la crónica, sopló un viento frio y helado, extraño en aquel clima y estacion, que ocasionó á Abdallah un accidente repentino y le dejó sin habla, de modo que fué necesario concluir la oracion sin él. A los pocos días desató Dios su lengua, y dijo Abdallah: «Dios ha declarado su voluntad, y no permita el Señor que yo intente cosa alguna contra ella.»

Al día siguiente un venerable anciano musulman se apeaba á la entrada de la tienda de Abderrahman: un jóven llevaba asida la brida y otro sostenia el estribo de su lujoso palafren. Eran Abdallah y sus hijos, que iban á hacer su sumision al emir instituido por Dios para gobierno del pueblo musulman. Abderrahman los recibió con los brazos abiertos, y generoso como su abuelo Hixem, concedió á Abdallah el gobierno y señorío de Tadmír, donde murió dos años despues.

Desembarazado Abderrahman de esta guerra, iba á licenciar sus tropas, cuando recibió noticia de una irrupcion que los condes de la Marca de España habian hecho en tierras musulmanas de este lado del Segre. Retuvo, pues, las licencias á sus soldados, y marchó precipitadamente sobre la Gothia llevando de vanguardia al caudillo Abdelkerim. Cereca de veinte años hacia (desde 801) que gobernaba la ciudad y condado de Barcelona el godo Bera, cuando fué acusado de traicion por otro godo llamado Sunila ante el emperador franco Luis, el cual le hizo comparecer en Aquisgran. Negó Bera los cargos de infidelidad que se le hacian, y apeló á un juicio de Dios, pidiendo que, pues el acusado y el acusador ambos eran godos, se tuviese el duelo al uso de su nacion, es decir, á caballo, al revés de los francos que en casos tales combatian á pié. Verificóse el combate, y vencido Bera, fué con arreglo á la ley de aquel tiempo declarado culpable y condenado á muerte; pero Luis conmutó esta pena en la de destierro á Ruan. Con tal motivo, el emperador nombró conde de Barcelona en reemplazo de Bera á Bernhard, hijo del conde Guillermo de Tolosa, que era el que gobernaba ya á Barcelona cuando se aproximó Abderrahman. Cuentan las historias arábigas que aquella importante ciudad cayó esta vez en poder del emir, así como Urgel y otras poblaciones de la Marca, obligando á los cristianos á refugiarse á las fortalezas de los riscos y á las angosturas de los montes, despues de lo cual, dejando á los francos llenos de pavor, regresó á Córdoba. Dúdase, no obstante, que llegaran los árabes á posesionarse esta vez de Barcelona. Las crónicas cristianas no lo confirman, y la poca certeza que puede adquirirse de acontecimientos tan importantes como este prueba lo mucho que dejan que desear las crónicas de aquellos tiempos.

En la primavera del año siguiente vióse llegar á Córdoba unos personajes griegos, llevando consigo muchos y hermosos caballos con preciosos y elegantes jaeces, cuales nunca en España se habian visto. Eran enviados del emperador bizantino Miguel el Tartamudo, que venian á ofrecer á Abderrahman aquel obsequio á nombre de su señor, y á solicitar su alianza contra el enemigo comun de las dinastías de Bizancio y de Córdoba, Almamun, califa de Bagdad. Abderrahman los hospedó en su alcázar, y despues de haberlos agasajado, los despidió «con muy buena respuesta,» enviando en su compañía á Yahia ben Hakem, el Gazali, marino de gran mérito, tambien con caballos andaluces y espadas toledanas para el emperador.

Otra embajada, menos espléndida pero no menos interesante, recibió poco despues Abderrahman. Los vasco-navarros, que miraban, como hemos dicho, con mas antipatia á sus vecinos de raza germana, aunque cristianos, que á los mismos musulmanes, amenazados de otra invasion franca por los

puertos de Roncesvalles y Roncal, iban á demandar auxilio á los árabes contra los enemigos traspirenaicos. De buena voluntad admitió Abderrahman la peticion, como admitia la alianza de aquellos montañeses. El temor de estos no era infundado. Al fin del año 823, los condes Eblo y Aznar, lugartenientes del rey de Aquitania, habian tenido orden de franquear los Pirineos en direccion de la Vasconia. Sin obstáculo atravesaron aquellos valles, y sin dificultad llegaron tambien á Pamplona. Cumplido su objeto (que el historiador no declara), los condes y su ejército emprendieron su regreso á Aquitania por el mismo camino. Aquellos valles parecia estar destinados para cementerio de guerreros francos. Reprodújose la tragedia de Cárlo-Magno al cabo de cereca de medio siglo, y las cóncavas montañas de Roncesvalles volvieron á resonar con los alaridos de los francos moribundos. Oigamos cómo lo refieren unos y otros autores.

«Los nuestros (dice el Astrónomo, en la Vida de Ludovico Pio) experimentaron de nuevo la perfidia acostumbrada del lugar, la astucia y el fraude innato de sus habitantes. Circuidos de todos lados por los naturales del país, las tropas fueron deshechas, y los mismos condes cayeron en manos de los enemigos.» «Los walis de la frontera (dicen las historias árabes) tuvieron este año sangrientas batallas con los cristianos de los montes de Afranc, y los vencieron con cruel manzana en los angostos valles de los montes de Albortah.... y cautivaron sus caudillos, que vinieron con muchos despojos á Córdoba.» «A su retirada (dicen las historias de Navarra) acometieron los navarros á los franceses segun su costumbre, y derrotaron todo el ejército, quedando la mayor parte con bagajes y banderas en el campo de batalla. Los condes fueron hechos prisioneros. Aznar, que era vascon, y tenia parientes y amigos entre los navarros, recobró la libertad, bajo juramento de no hacer la guerra contra Navarra; pero Eblo fué enviado con título de regalo á Abderrahman rey de Córdoba, cuya amistad y alianza necesitaban y solicitaban los navarros contra los franceses.»

Sufrieron, pues, los franco-aquitianos otra segunda derrota en Roncesvalles, que si acaso menos sangrienta que la primera, sirvióles de tan dura leccion y escarmiento que no volvieron mas á visitar aquellos funestos lugares. Del cotejo de las historias de las tres naciones infiérese que alguna parte del triunfo debió tocar á los sarracenos como auxiliares, si bien la gloria principal fué de los vascones, y así lo confiesa el mismo Astrónomo biógrafo, que ciertamente en esto no podrá ser tachado de parcial (824).

Como un agradable alivio á la fatigosa narracion de tantas guerras se presenta aquí un corto episodio del reinado del segundo Abderrahman, que aprovechamos con gusto, porque al propio tiempo que nos informa de las ocupaciones pacíficas de los príncipes musulmanes, nos proporciona ir conociendo por los hechos el carácter galante y caballeresco de nuestros dominadores de Oriente. Oigamos á uno de sus historiadores. «En este tiempo, dice, mandó Abderrahman construir hermosas mezquitas en Córdoba, y en ellas puso fuentes de mármol y de varios jaspes, y trajo á la ciudad aguas dulces de los montes con encañados de plomo, y abrevaderos y grandes pilas para las caballerías. Edificó alcázares en las ciudades principales de España, reparó los caminos y construyó las ruzafas á orillas del rio de Córdoba: dotó las *madrisas* ó escuelas de muchas ciudades, y mantenía en la madrisa de la aljama de Córdoba trescientos niños huérfanos. Las horas que robaba á los negocios graves del Estado, se entretenía con los sabios y buenos ingenios que habia en su corte, que eran muchos, y entre ellos estimaba y distinguía al célebre Abdalá Ben Xamri y Yahia ben Hakem, el Gazali, y como este sabio habia estado entre los cristianos de Afranc, y en Grecia en sus embajadas, gustaba mucho de conversar con él y de informarse de las costumbres de los reyes infieles, y de los pueblos y ciudades que habia visto. Habia hecho habig al wali de Sidonia Aben Gamri, y con este sabio caudillo solia jugar al *seahtrang* ó ajedrez, que era uno de los mas diestros jugadores que en aquel tiempo se celebraban, y competía con él Abderrahman á este juego con grandes apuestas de joyas muy preciosas. Era en extremo liberal y dadivoso, y gastaba mucho con sus es-

clavas, pagando sus gracias y sus mas cortos obsequios con joyas inestimables.

«Cuentan Ibrahim el Catib y otros, que un día regaló á una niña esclava suya, muy linda y agraciada, un collar de oro, perlas y piedras preciosas, de valor de mil dinares, y como algunos vazires de su confianza que estaban presentes encareciesen tan sobresaliente dádiva, diciendo que aquel collar era joya de las que ennoblecian el tesoro real y podian servir en un apuro ó vicisitud de fortuna, Abderrahman les dijo: «Me parece que os deslumbra el brillo del collar y la estimacion y imaginaria que dan los hombres á la rareza de estas piedras, y á la figura y lindeza de sus perlas: ¿pero qué tienen que ver con la hermosura y gracia de la humana perla que Dios ha criado? Su resplandor encanta los ojos de quien la mira, arrebatada y desmaya los corazones: las mas bellas perlas, los jacintos y esmeraldas mas preciosas que ofrece la naturaleza en su especie, no deleitan así los ojos ni los oídos, y no tocan el corazon ni recrean el ánimo; y así me parece que Dios ha puesto en mis manos estas cosas para que yo les dé su propio destino, y sirvan de adorno y gargantilla á esta graciosa muchacha.»

Refiriendo despues el rey á su poeta Abdalá ben Xamri la contienda que sobre el collar habia tenido con los vazires, uno y otro dedicaron á la linda esclava versos igualmente conceptuosos. «Gualiah, dijo el rey al poeta (continúa el historiador), que tus versos son mas ingeniosos que los mios,» y mandó darle una *bidra* ó bolsa de diez mil adharames que repartió entre sus amigos presentes.

¿Pero de dónde sacaba Abderrahman para tantas larguezas, para tantos dispendios y tan locas prodigalidades? De donde comunmente lo sacan los príncipes, del pueblo. El que mucho daba, mucho tenia que pedir. Los impuestos se habian aumentado, el *azaque* ó diezmo, limitado al principio á los frutos de la tierra y de los ganados, se habia extendido á infinitos otros artículos. El pueblo murmuraba: cristianos, musulmanes y judíos, á todos desazonaba igualmente que á su costa estuviera el emir ganando fama de espléndido y dadivoso: el descontento era general: y en Mérida principalmente, ciudad populosa y considerable, se notaban muchas disposiciones á la revolucion. No se ocultaba este estado de los ánimos al emperador Luis el Benigno, y calculando en su política la utilidad que podría sacar de esta situacion de los ánimos, y poco escrupuloso en los medios, arrojó una tea incendiaria en el corazon de la España árabe, escribiendo á los meridianos y excitándolos á revolucionarse contra su emir (1).

(1) Hé aquí las frases mas notables de este extraño documento imperial:

«En el nombre del Señor Dios y de nuestro Salvador Jesucristo: Luis, por ordenacion de la divina Providencia emperador augusto, á todos los primados, y á todo el pueblo de Mérida, salud en el Señor.—Hemos sido informados de vuestra tribulacion y de las vejaciones que sufris de parte de nuestro rey Abderrahman, cuya avaricia os trae oprimidos. Lo mismo hacia su padre Abolaz (Alhakem), el cual os sobrecargaba de impuestos que no debiais pagar, convirtiendo así á los amigos en enemigos, á los servidores leales en rebeldes... Pero sabemos que vosotros, como hombres de corazon, habeis rechazado siempre con vigor las injusticias de vuestros inicuos reyes, y resistido valerosamente á su codicia y avidez. Por tanto nos complacemos en dirigiros esta carta para consolaros y exhortaros á perseverar en defender vuestra libertad contra los ataques de vuestro tirano monarca, y á resistir con fortaleza, como hasta aquí habeis sabido hacerlo, á su dureza y crueldad. Y como este mismo rey es tan adversario y enemigo nuestro como vuestro, os proponemos combatir de concierto contra él. Nuestra intencion es en el próximo estío, con la ayuda de Dios Todopoderoso, enviar un ejército á nuestra Marca, y tenerle allí á vuestra disposicion. Si Abderrahman y sus tropas hacen la tentativa de marchar contra vosotros, nuestro ejército lo impedirá atrayéndolos á sí, y nada podrán contra vosotros sus fuerzas. Os aseguramos además, que si quereis separaros de Abderrahman y venirnos á nosotros, os volveremos vuestra antigua libertad íntegra y plena y os mantendremos libres de todo tributo. Vosotros mismos elegireis la ley bajo la cual querais vivir, y nosotros no os trataremos sino como amigos y asociados, honrosamente confederados para la defensa de nuestro imperio. Os deseamos salud en nuestro Señor.» Eginhard, in Vit. Ludov.—El español Ferreras en su Sinopsis histórica de España, tom. IV, pág. 170, habla de esta carta como dirigida á los de Zaragoza, no á los de Mérida, y en aquella ciudad supone equivocadamente el alboroto de que hablaremos despues.